



Antonio González Bueno

Académico Correspondiente. Editor asociado.
e-mail: edicion@ranf.com

José de Vicente González, Isaac Gabriel Arias Santos, Alberto Ramos Cormenzana, Miguel Ángel Álvarez Soaje. Botica de la Real Abadía de San Xulián de Samos. Santa Comba (A Coruña): tresCtres, 2010. 97 p.

ISBN: 978-84-92727-15-5

José de Vicente González, Isaac Gabriel Arias Santos, María Teresa Miras Portugal, Antonio Luis Doadrio Villarejo. Botica de la Imperial Abadía de Santa María La Real de Oseira. Santa Comba (A Coruña): tresCtres, 2010. 84 p.

ISBN: 978-84-92727-16-2

Las boticas monásticas, destinadas no sólo al servicio del propio monasterio sino al de la población de los términos colindantes, fue una de las manifestaciones más señeras de la acción social de las órdenes monásticas. Como consecuencia de la publicación de la Ley de exclaustración de 29 de julio de 1837, firmada por el ministro Mendizábal, durante la regencia de María Cristina, culminación del proceso iniciado durante el Trienio Liberal con la Ley de 25 de octubre de 1820, en la que se decreta la supresión de la órdenes religiosas y la nacionalización de sus bienes, estos establecimientos –sus muebles, botámenes y bibliotecas- pasaron a manos particulares; algunos conservaron parcialmente sus materiales y fueron recuperados tras la restitución monástica, otros se perdieron en los cambios de propiedad acaecidos desde la secularización.

Un grupo entusiasta de farmacéuticos gallegos –de origen o vinculados al territorio- ha iniciado, con la colaboración de las respectivas comunidades monásticas, y el apoyo de la Real Academia Nacional de Farmacia y de la Academia de Farmacia de Galicia, un proceso de ‘reconstrucción escenográfica’ de estos espacios. El proyecto se ha hecho manifiesto ya en dos realidades: la Abadía de Santa María la Real de Oseira y la Abadía de San Julián de Samos, cistercienses los primeros, benedictinos los segundos.

Como parte del proceso de difusión de esta actividad, se han editado sendos volúmenes donde se reflejan, en grandes pincelados, la historia del Monasterio, su heráldica y el proceso de construcción de las ‘nuevas boticas’, ahora destinadas a recrear la atmósfera que debieron tener en sus momentos de máximo esplendor.

El 25 de julio de 2009 se inauguró la recreación de una botica en la Abadía de San Xulián de Samos; en ella se parte, como base documental, de un inventario realizado, en 1821, por Juan Vicente Rodríguez, el último de los monjes que permaneció al frente de la botica monacal y el primero que ejerció en ella tras su secularización, y de la existencia de tres albarellos, de distinto tamaño, fabricados en alfares talaveranos de finales del XVIII, aún conservados en el Monasterio. Parte de los enseres de esta botica, particularmente su botamen y biblioteca, fueron recuperados por los benedictinos tras su vuelta a Samos en 1880, pero el pavoroso incendio sufrido por la Abadía en 1951, que obligó a su reconstrucción, produjo daños irreparables en sus bienes muebles, quedando tras sólo unos pocos testigos de su anterior grandeza.

La ‘nueva botica’ de la Abadía de Samos se dispone en una amplia sala en la que, mediante una idealizada escenografía, se ha querido reconstruir el ambiente de una botica monástica “del siglo XVII [sic]”; para ello se han confeccionado más de setenta piezas de cerámica talaverana, adornadas con el escudo del Monasterio que, junto a otras piezas de vidrio y un mobiliario de época, intentan recrear el quehacer del monje boticario; quizás con una grandiosidad mayor que la tuviera en origen, no olvidemos que cuando el General fray Pedro Magaña pasó visita al Monasterio, el 15 de abril de 1711, mandó al abad que el primer boticario del que tenemos constancia documental, el lego José Squisani, pasase a formarse al Real Monasterio de San Juan de Burgos, en donde habría de fallecer poco después, en noviembre de 1712; no volviendo a tenerse constancia documental de esta botica hasta 1775, momento en que era regentada por fray Blas López. Sin duda, el esplendor de esta botica, que lo tuvo, vino de la mano del abad Eladio Noboa, avanzado ya el XVIII.

Para la ‘restauración’ de la botica de la Abadía de Oseira, inaugurada el 25 de julio de 2009, se ha tomado como referencia un inventario, realizado en diciembre de 1821, por fray Antonio Benito Pérez; en él se detallan los libros, recipientes y útiles de la botica monacal. De aquel rico ajuar sólo parece haberse salvado un par de albarellos, una orza y un ánfora conservados hoy en el Museo Arqueológico de Ourense, procedentes de alfares portugueses y datados en el tránsito del XVII al XVIII, una orza más, ésta talaverana, de los comienzos del XVIII, custodiada en el Museo de Pontevedra, y una treintena de albarellos, fabricados en los talleres de Sargadelos en los comienzos del XIX, propiedad de la Diputación de

Ourense pero que, en origen, fueron fabricados para la botica monástica que nos ocupa, como lo atestigua su escudo.

La 'nueva botica' de la Abadía de Santa María La Real de Oseira, exhibe la colección de albarelos de Sargadelos, que la Diputación provincial de Ourense depositó en el Monasterio de Oseira, y la adorna con una reconstrucción idealizada del mobiliario que en ella pudo existir, complementando el espacio escenográfico una colección de albarelos y orzas, elaborados ex profeso en talleres talaveranos.

Los textos que recensamos incluyen una prolija información sobre los actos de inauguración de las 'nuevas boticas' y la incidencia que éstos han tenido en la prensa y en el ámbito cultural gallego.

Sabine Anagnostou. Missionspharmazie. Konzepte, Praxis, Organisation und wissenschaftliche Ausstrahlung. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2011. 465 p.

ISBN: 978-3-515-09910-3

El rol jugado por los misioneros en tierras americanas, en el proceso de intercambio cultural de conocimientos, ha sido objeto de un buen número de estudios; la materia médica cuenta, desde ahora, con uno excepcional: el elaborado por Sabine Anagnostou.

La obra aborda el proceso de aprendizaje y difusión del saber sobre la materia médica americana, realizada por los misioneros, durante los siglos XVI al XVIII. Utiliza para ello una multiplicidad de fuentes: desde los archivos jesuíticos alemanes y franceses, al de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y el Archivum Romanum de la Societatis Jesé (Roma), pasando por los archivos nacionales españoles (General de Indias, Histórico Nacional, Real Academia de la Historia), mexicanos (General de la Nación, Instituto Nacional de Antropología e Historia), argentinos (General de la Nación) y chilenos (Archivo Nacional Histórico), completados con los fondos de las ricas bibliotecas de Ajuda (Lisboa), British Library (London), Nacional de Río de Janeiro, Nazionale Centrale di Roma, Nacional de España (Madrid), Bayerische Sttatsbibliothek (Múnich), Wellcome Library (Londres) y un buen número de bibliotecas y archivos alemanes, a cuya sola enumeración dedica la autora una decena de páginas (pp. 399-409).

Comienza la autora por situarnos ante las misiones, no sólo en un sentido físico, también en el espiritual que envuelve a la condición de misionero y en su doble carácter 'curativo', el de almas y cuerpos que caracteriza a la 'misión'; se ocupa, a continuación, de delimitar el ámbito de actuación de las órdenes mendicantes (franciscanos y dominicos) frente a los seguidores del pensamiento ignaciano, a los que dedica atención preferente en su discurso.

Definido el medio y los personajes pasa a ocuparse de su producción, con ánimo de lograr definir la esencia de una materia médica misionera; para ello utiliza una buena selección de autores, bien conocidos unos más novedosos otros. Por sus páginas desfilan Pedro Montenegro (1663-1728), Sigismund Aperger (1678-1772) y Marcos Villodas (fl. 1695-1741), para acercarnos al amplio mundo de las misiones paraguayas; Johann Steinhöffer (1664-1716), de cuya mano nos adentramos en las misiones mexicanas; Paul Klein (1652-1717) y sus 'Remedios fáciles' procedentes de Filipinas, junto a otros tratadistas, españoles y portugueses, que hicieron de la materia médica de sus respectivos territorios de misión, el objeto de su interés.

Pero la recepción y estudio de la materia médica no hubiera sido posible sin el establecimiento de una red de centros misionales; la autora lo sabe y dedica un amplio capítulo a las boticas de los Colegios jesuíticos, para cuyo análisis establece una separación entre los ubicados en colonias españolas (Santiago de Xhile, Lima, Buenos Aires, Córdoba, Concepción, Quito, México-Tepotzotlán y Manila) y los establecidos en tierras de dominio portugués (Brasil y Asia).

Para completar su análisis aborda el sistema de transmisión de los conocimientos sobre materia médica colonial a los territorios europeos; para ello analiza su recepción entre las boticas jesuíticas alemanas y analiza el caso excepcional de la botica del Collegio Romano como foco de expansión.

Así queda cerrado el círculo del conocimiento y transmisión de la materia médica misionera; pero la autora aún se formula una última pregunta ¿y las misiones protestantes?; a su resolución dedica todo un capítulo en el que pasa revista a las misiones danesas y holandesas en tierras americanas y a los establecimientos misiones en Norteamérica.

Como cabría esperar, el estudio incluye una extensa, bien medida y actualizada bibliografía (pp. 409-449); se completa con un par de índices: de personas (pp. 450-455) y de nombres de plantas y compuestos (pp. 456-465) mencionados en el texto.